

15 ENERO

LA PATAGONIA:
PRIMER SUEÑO MISIONERO



“

Vi entretanto en lontananza un grupo de otros misioneros que se acercaban a los salvajes con rostro alegre.

Me pareció encontrarme en una región salvaje y por completo desconocida. Era una inmensa llanura completamente inculta, en la que no se descubrían montes ni colinas. En sus lejanísimos confines se perfilaban escabrosas montañas. Vi en ella una turba de hombres que la recorrían. Estaban casi desnudos, eran de altura y estatura extraordinarias, de aspecto feroz, cabellos largos e hirsutos, color bronceado y negruzco e iban vestidos con amplios mantos de pieles de animales que les caían por las espaldas. Usaban como armas una especie de lanza larga y la honda (el lazo).

Estas turbas de hombres, esparcidos por acá y acullá, ofrecían a los ojos del espectador escenas diversas: unos corrían detrás de las fieras para darles caza; otros llevaban clavados en las puntas de sus lanzas trozos de carne ensangrentada.

Por una parte, unos luchaban entre sí, otros peleaban con soldados vestidos a la europea, y quedaba el terreno cubierto de cadáveres. Yo temblaba al contemplar semejante espectáculo, y he aquí que aparecieron en los límites de la llanura numerosos personajes, en los cuales reconocía, por sus ropas y su manera de obrar, a los misioneros de varias Ordenes.

Estos se aproximaban para predicar a aquellos bárbaros la religión de Jesucristo. Los observé atentamente, mas no reconocí a ninguno.

Se mezclaron con los salvajes, pero ellos, apenas los veían, se les echaban encima con furor diabólico y alegría infernal, los mataban y con saña feroz los descuartizaban, los cortaban a pedazos y colocaban trozos de sus carnes en la punta de sus largas picas. Luego se repetían las luchas entre ellos y con los pueblos vecinos.

Después de observar las horribles matanzas, me dije:

- ¿Cómo convertir a esta gente tan salvaje?

Vi entretanto en lontananza un grupo de otros misioneros que se acercaban a los salvajes con rostro alegre, precedidos de un pelotón de muchachos. Yo temblaba pensando:

- Vienen para hacerse matar.

Y me acerqué a ellos: eran clérigos y sacerdotes. Los miré atentamente y vi que eran nuestros salesianos. Los primeros me eran conocidos y, si bien no pude conocer personalmente a otros muchos que les seguían, me di cuenta de que eran también misioneros salesianos, precisamente de los nuestros.

- Pero, ¿cómo es esto?, exclamé.

Estaba decidido a no dejarlos avanzar y me dispuse a detenerlos. Esperaba que de un momento a otro corrieran la misma suerte que los anteriores. Quise hacerles volver atrás, cuando noté que su aparición había provocado la alegría en aquellas turbas de bárbaros, los cuales bajaron las armas, cambiaron su ferocidad y recibieron a nuestros misioneros con las mayores muestras de cortesía.

Maravillado de ello, me decía a mí mismo:

- ¡Ya veremos cómo termina esto!

Y vi que nuestros misioneros avanzaban hacia las hordas de salvajes; les hablaban, y ellos escuchaban atentamente su voz; les enseñaban, y aprendían prontamente; les amonestaban, y ellos aceptaban y ponían en práctica sus avisos.

Seguí observando y me di cuenta de que los misioneros rezaban el santo Rosario, mientras los salvajes corrían por todas partes, les abrían paso y contestaban con gusto a aquella plegaria.

Los Salesianos se colocaron en el centro de la muchedumbre, que les rodeó, y se arrodillaron. Los salvajes echaron las armas a los pies de los misioneros y también se arrodillaron. Y he aquí que uno de los salesianos entonó el: Load a Maria; y aquellas turbas, todos a una voz, continuaron el canto tan al unísono y en tono tal, que yo, casi espantado, me desperté.



La propuesta de llevar a los salesianos a Argentina se realiza por iniciativa del cónsul Gazzolo, que amaba la obra salesiana de Don Bosco. Durante el verano de 1874 se empiezan a tramitar los contactos con el obispo Monseñor Aneyros. La petición del sacerdote don Pedro Ceccarelli llevará a finales de año a la aceptación formal por parte de Don Bosco para enviar a sus primeros misioneros a Argentina. Gracias a esta propuesta, Don Bosco sabrá reconocer los lugares y las gentes de este conocido primer sueño misionero tenido años antes (1871 o 1872), que posteriormente narrará a Pío IX en marzo de 1876, cuatro meses después del envío de diez misioneros que había realizado en la Basílica de María Auxiliadora el 11 de noviembre de 1875.

El relato es narrado por Barberis en su crónica, así como en la de don Lemoyne, y será transcrito casi literalmente por don Amadei en el tomo X de las Memorias Biográficas a partir de los documentos de don Lemoyne. Como recoge A. Lenti, los relatos coinciden en general, aunque se extiende en detalles en la Crónica de Don Barberis.

Don Bosco se encuentra en una tierra salvaje y desconocida, rodeado de hombres nunca vistos. Frente a acciones atroces realizadas a otros misioneros, los salesianos son respetados por estos indígenas gracias al rezo del rosario y al canto a la Virgen, que de nuevo aparece como figura importantísima en la predicación salesiana.

Sin embargo, no todo fue tan sencillo como aparece al final del sueño. Los primeros misioneros embarcaron el 14 de noviembre de 1875 en el barco *Savoie*. Pararon primero en Marsella, donde se completó el grupo de los diez. Pasaron por Barcelona, Gibraltar, bordearon las Canarias y se dirigieron a Cabo Verde. Desde allí viajaron once días hasta Río de Janeiro, pasaron por Montevideo y llegaron a Buenos Aires el 14 de diciembre. Un mes lleno de dificultades, que parecía apaciguarse a la llegada. Fueron recibidos por don Ceccarelli, el arzobispo e inmigrantes italianos, entre los que había antiguos alumnos del oratorio.

El grupo inicial tuvo que dividirse en dos: un grupo se quedó en Buenos Aires y otro se fue a San Nicolás. Poco a poco la misión se fue expandiendo con la llegada de nuevas expediciones, pero la misión entre los indígenas patagones que vemos en el sueño tardaba en llegar. No será hasta abril de 1879 que tres misioneros salesianos pudieron entrar en contacto con los indígenas y pudieron llegar a Carmen de Patagones en la desembocadura de Río Negro.

A pesar de los desafíos y dificultades que encontraron, los misioneros salesianos perseveraron con determinación en su labor evangelizadora. La espera y los obstáculos no mermaron su espíritu que anhelaba el contacto con los indígenas patagones. Este encuentro marcó el inicio de una nueva etapa en la misión salesiana, reconocida posteriormente en todo el mundo.